

La muerte se maquilla

Antonio Navalón

Las relaciones entre los vivos y los muertos en el mundo moderno siempre han sido problemáticas, al grado de convertirse en un espectáculo que revela una negación profunda. Antonio Navalón, explorador de la cultura contemporánea, aborda en este texto las formas en que el conflicto vida-muerte se manifiesta en los Estados Unidos, el país más poderoso de la Tierra.

Lo único que hacemos sin excepción todos los hombres y las mujeres de la tierra es cumplir con los ciclos de la naturaleza: nacer y morir. Esto junto con los demás fenómenos de la naturaleza condicionan todas las manifestaciones del pensamiento humano. Ya sea a partir de la creencia en los dioses o de los principios filosóficos, la muerte siempre ha sido concebida desde la necesidad de la trascendencia.

Los grandes cambios sobre la vida y la muerte en la concepción de Oriente y Occidente es que las culturas orientales tienen una visión circular —la vida es una y se regenera permanentemente como los ciclos de la naturaleza, nada se extingue, en cambio para las culturas occidentales, todo es lineal, se termina la vida y el regreso se espera en el más allá. Para Occidente la vida se acaba y sólo la fe puede lograr que haya vida después de la muerte.

La muerte ha sido empleada a gusto y conveniencia de todas las religiones y cultos de fe desde el principio de los tiempos como mercado de promesas a futuro.

Para algunos, la muerte es la nada, la simple no existencia, sin embargo, su relación con los hombres ha sido siempre uno de los elementos fundamentales para marcar



James Ensor, *Death and the Masks*, (detalle), 1897



Carlos Schwabe, *Grief*, 1893

el nivel de desarrollo, comodidad y espiritualidad de las sociedades.

Desde el comienzo de la hegemonía católica en su lucha salvaje por conquistar y elevar la cuestión religiosa a grado de Estado y a su vez la religión como amparo de cualquier exceso del mismo. Fue tanta la relación entre el mercado presente —la vida eterna—, y el mercado de futuros que iniciaba tras la muerte, que la Iglesia católica inventó las indulgencias.

No obstante, el peso de la muerte y su recuerdo es tan importante que se consolidó el uso y abuso de la oferta post mórtem: “Esto es sólo el principio de la vida terrena o bien, el comienzo de lo bueno: lo mejor está por venir”.

Las grandes civilizaciones entendieron perfectamente la dimensión del hecho de la muerte y su influencia en el comportamiento humano. Desde las pirámides de

Egipto hasta ciudades prehispánicas como las edificadas por el imperio maya fueron concebidas para rendir culto al más allá, ciudades del inframundo.

Es el caso también de los funerales de Tana Toraja, en Indonesia, que pueden durar semanas y donde sus habitantes viven la vida para pagar los gastos de su muerte, representan sus cuerpos en Tau Tau estatuas de madera que evocan al portador del alma de quien ha muerto. El cuerpo se encuentra dentro de la caverna y el tau tau afuera, junto con todos los demás muertos, siempre presentes.

En los años que abren este milenio, la muerte ha modificado su rol social. Hasta la segunda mitad del siglo XX el sexo estaba oculto y la muerte estaba presente; hoy, culminado el proceso de un desarrollo material sin precedentes en este mundo, y una grave crisis espiritual. La muerte está oculta —prácticamente no existe—, mientras que el sexo está presente hasta el extremo.

Los Estados Unidos de América, el mayor imperio existente hoy en la Tierra, ha mantenido una curiosa evolución respecto a su relación entre vivos y muertos desde el mejor momento de su vida, cuando acabó la Segunda Guerra Mundial en 1945.

Nunca América fue —como entonces—, tierra de promesa y libertad capaz de cobijar y dar alimento a los niños rescatados de las garras del fascismo. Fue entonces también cuando inició el mayor proceso de desarrollo y explosión de la vida ciudadana norteamericana.

Aquella emblemática generación de estadounidenses nacidos entre 1945 y 1964, los *baby boom*, se caracterizó por tener la necesidad de bienestar, tener personalidad y encontrar una razón individual para vivir, lo que ocasionó un paulatino desmembramiento de la tradicional familia americana, aquélla que, sentada frente al televisor, deglutía sus *tv dinners* contemplando el mundo en la pantalla.

Después de la década de los cincuenta, los jóvenes que cumplen dieciocho años son prácticamente obligados a dejar el hogar y erradicados de cualquier espacio familiar. Esto trajo como consecuencia que dicha generación fuese aislada, casi autista y sufriera de una incapacidad crónica para generar empatía, entender y asimilar las razones de los otros.

La interpretación de la muerte en México demuestra que los humanos somos capaces de convivir con una idea de la trascendencia sin la necesidad de matar al muerto en el olvido.

Con una cena en *Thanksgiving Day* (día de Acción de Gracias) y un regalo en *Christmas Day* (Navidad), más algunos fuegos artificiales el 4 de julio, día de la celebración de la independencia estadounidense, la estructura familiar fue degradándose hasta quedar en un estado raquítrico. Si esto ocurrió con los vivos, ¿qué podrían esperar los que iban muriendo?

Los orgullosos *White Anglo Saxon Protestants* (WASP) —protestantes blancos anglosajones— aquéllos que emigraron de la miseria para forjar el país de los sueños y las libertades, que construyeron sus oportunidades sobre la tierra del libre mercado y el *American Way of Life*, eliminaron del pórtico de la muerte los símbolos idólatras de los camposantos cristianos. Cuando moría un WASP, las campanas no sonaban ni había plañideras para llorar la desgracia y el vacío.

La muerte fue destinada a un espacio específico: las verdes praderas ubicadas en el corazón de las ciudades, cubiertas de lápidas blancas, sin idolatría y con apenas una seña de aquel que murió. Al muerto desde entonces se le recordaba y festejaba como a un vivo, en un último acto social: el funeral, la principal relación establecida entre la sociedad estadounidense y la muerte.

El último adiós es desde entonces un hecho que se prepara, se cuida y se elabora de manera especial.

Hace no menos de sesenta días, debido a un incidente de tráfico, estuve retenido tres horas en Queens, camino del aeropuerto de Nueva York. Al salir a pasear, me encontré con unos paisanos mexicanos que desde hace cinco años han trabajado en una funeraria. Ellos me explicaron —a pie de obra—, cómo es el tratamiento de la muerte, cómo se trabaja y qué sucede con su industria.

Una industria próspera no sólo por la violencia con la que se ha construido el país —no hay más que recordar los relatos sobre la conquista del salvaje Oeste, o las guerras entre *gangsters* en las calles de sofisticadas ciudades como Chicago o Nueva York—, sino porque, siguiendo la tradición inglesa, se preserva un cuidado especial respecto a la contemplación del cadáver.

En los Estados Unidos, en 2005, murieron 432 mil personas, cifra que hace imposible evadir una relación directa con la muerte, sin embargo, para que los ciudadanos del imperio más poderoso del mundo puedan enfrentar la realidad de la ausencia de sus bienamados, la muerte se ha de maquillar.

Además, los estadounidenses suelen embalsamar a sus muertos, maquillarlos y vestirlos para que sean gratos a la vista. Cuando la persona muere, su cuerpo es llevado a una funeraria donde luego de ser lavado es sometido a una serie de masajes para eliminar la rigidez provocada por la muerte.

Algo fundamental es dejar la cara con aspecto de vivo para lo que se aplican cremas que mantienen la piel

suave y moldeable. Las características faciales —volumen y expresión— se arreglan rellenando con algodón nariz y mejillas. Para mantener los ojos cerrados, se introducen copillas oculares que poseen protuberancias debajo de los párpados y son peinados como solían hacerlo en vida.

Las manos también son maquilladas para dar una apariencia vital y las uñas son pintadas con un color neutro que imita al color natural. Finalmente, son vestidos con la ropa seleccionada para esta ocasión.

Mientras estamos vivos, es necesario definir, tan pronto como sea posible, cómo deseamos vestirnos en nuestro funeral. ¿A qué edad es ideal ser recordado? ¿Quiere que se le vista como en su última boda, como en su graduación? Ahora todos podemos ir preparando nuestro funeral como solemos planear la celebración de nuestro próximo cumpleaños.

Lo más curioso de morir en los Estados Unidos es que la negación absoluta de la muerte es parte del rito. Para empezar, además de ser recomendable que el fallecido tenga sus papeles en orden, también hay que tener preparado el mejor atuendo para asistir a tal ocasión, el maquillaje adecuado, el peinado ideal y la mejor *manicure*.



Carlos Schwabe, *The Death of the Grave Digger*, 1895-1900



James Ensor, *El pintor como esqueleto en su estudio*, 1896

Sin duda, los deudos estarán aliviados de no hacerse cargo del engorroso trámite de decidir traje, corbata, flor y aspecto del muerto. Sólo tendrán que presentarse al funeral a la última fiesta para terminar toda la relación, por supuesto no con el recuerdo, sino con el hecho de la muerte.

A partir de la década de los noventa, las funerarias se percataron de que la sociedad norteamericana buscaba que en las ceremonias la persona fallecida se viera lo mejor posible, fue cuando las ceremonias comenzaron a enfocarse en la vida del difunto, en sus cualidades, haciendo que el evento lo honrase.

Los servicios que ofrecen las casas funerarias se basan en dejar al fallecido apto para ser visto. El paquete básico incluye vestimenta, maquillaje y ataúd. En 2003, según datos de la Asociación de Ataúdes y Su ruidor de Funerales (Casket & Funeral Supply Association), en el 76 por ciento de los decesos se realizó una ceremonia a manera de funeral antes de cremar el cuerpo.

El servicio fúnebre es una buena opción para quienes buscan seguridad laboral, pues en los últimos cinco años se ha incrementado la demanda de trabajo en este sector debido a que la gente solicita más servicios de este tipo.

En 2002 había más de 24 mil directores fúnebres trabajando en los Estados Unidos con una media anual de ingresos de 43,380 dólares.

Según la Asociación Nacional de Directores fúnebres, desde el año 2000 la gente en los Estados Unidos comenzó a planear sus propios funerales con más frecuencia, lo que les permite elegir los servicios que desean.

La oferta del servicio para esta última fiesta incluye la posibilidad de preparar la muerte como una máscara en la memoria de los seres queridos. En Nueva York, una de las principales empresas funerarias es Isaiah Owens, ubicada en Harlem y que hace una sola promesa a sus clientes: la muerte puede ser dolorosa, rompeteel corazón pero, bajo la mano de Owens, al menos no será fea.

La fotógrafa Elizabeth Heyert realizó un proyecto en alianza con esta empresa para “inmortalizar” a varios cadáveres. El resultado de su trabajo desembocó en una exitosa exposición llamada *The Travelers* y en un libro del mismo nombre; sólo se hicieron seis copias de cada retrato, que se vendieron por un precio que osciló entre los 61,887 y los 84,392 dólares.

Además de legar a galerías de arte, la muerte es expuesta en los medios y los vivos tienen la posibilidad de planear su partida.

Six Feet Under —serie televisiva estadounidense considerada entre las cien mejores de todos los tiempos—, presenta escenas basadas en datos reales, originales e informativos donde la muerte es la protagonista en la vida de una familia propietaria de una funeraria.

En los Estados Unidos la base de la industria de la muerte es el embalsamamiento. El costo promedio de los materiales usados en el proceso es de 75 dólares, sin embargo el consumidor paga entre 700 y 1,200 dólares.

La Comisión Federal de Comercio (*Federal Trade Commission*)—agencia federal estadounidense que busca fomentar la libre competencia, la protección al consumidor y evitar monopolios y actividades que restrinjan el comercio— requiere que los establecimientos funerarios y sus directores informen al consumidor que embalsamar no es indispensable excepto en casos como la posible descomposición prematura del cuerpo.

Embalsamar no proporciona beneficio de ningún tipo a la salud pública, lo que es contrario a lo que dicen los dueños de las funerarias al brindar sus servicios. “No es obligatorio embalsamar pero ninguna funeraria permitirá un funeral sin este requisito. Es una cuestión de cultura no permitir a los familiares ver los cuerpos intactos y sin arreglar y para evitar la descomposición del cuerpo”, dijo en entrevista Surian Gewer de la *Cremation Association of North America*.

El proceso que empieza en el momento que una persona pierde la vida hasta que se le hace el funeral es digno de ser recordado. La música suele ser un elemento indispensable, hay flores y una presentación en la que el hecho fundamental es el destierro de lo tétrico y de todo lo que recuerde la amenaza del inclemente final.

Para enfrentar la muerte, los seres humanos hemos necesitado creer que la muerte es una calaca a la que no le queda nada salvo el esqueleto, que es lo último que se destruye. Cuando uno está cerca de la muerte, la calaca es uno, a quien no le queda nada es a uno; a ella, a la muerte, le queda todo, porque ella sólo es el paso de uno tras otro en el devenir histórico de los tiempos.

Desde el 11 de septiembre la costumbre de comunidades y familias de reunirse para conmemorar y honrar masivamente a sus muertos se ha acrecentado. Las ceremonias realizadas con respecto a este hecho han sido las más grandes en los Estados Unidos. Sin embargo, la sociedad continúa imposibilitada a enfrentar los destrozos que sigue arrojando la Guerra en Medio Oriente; no les es posible aceptar para los suyos una muerte tan violenta.

Desde que inició la invasión a Iraq se han registrado 3,784 muertes de militares, tan sólo en este año 788 estadounidenses murieron a causa de la guerra. Para poder llevar a cabo sus funerales se requiere que éstos sean embalsamados y refrigerados para poder ser trans-



James Ensor, *Death and the Masks*, 1897



Félicien Rops, *Death at the Ball*, 1865-1875

portados de regreso a los Estados Unidos y para que sean recordados de la mejor manera deberán ser reconstruidos físicamente para que luzcan de manera adecuada.

La reflexión del filósofo presocrático Heráclito de Éfeso quien no solamente descubrió observando los ríos que nada permanece y todo discurre, sino que al estudiar la muerte concluyó, y en parte parecería ser la misma premisa adoptada por el pueblo de los Estados Unidos en su negación a perder la vida—: “La muerte, absurdo pensar en ella, mientras yo esté no estará ella y cuando ella esté no estará yo”.

Ésta podría ser una interpretación del tratamiento de los muertos del imperio, sin embargo, al analizar las estadísticas sobre las causas de muerte en este país, es imposible debido a su capacidad de resistencia de la realidad, es imposible no cruzar los datos de la evolución de la familia y el desconocimiento de su realidad profunda. Encontrarse por última vez con un muerto se hace sobre la base de maquillar, disfrazar y ocultar la muerte.

La muerte no existe, desde la década de los noventa las incineraciones crecen de manera sideral, en 1980 era del 9.7 por ciento, para 1990 esta práctica tuvo un incremento de casi 8 puntos porcentuales y para 2005 fueron cremados el 32 por ciento de los fallecidos. Quizá dentro de poco el siguiente problema será la contaminación atmosférica por las cenizas de tantos seres queridos.

En los Estados Unidos las principales causas de muerte son debido a problemas del corazón, cáncer y accidentes. En caso de morir por alguna de estas razones o por vejez, los familiares sólo verán el cuerpo cuando los profesionales hayan hecho su trabajo y ellos, o el propio difunto, hayan decidido cómo se le debe recordar. La única condición a cumplir es que para la última fiesta el muerto no parezca como tal, debe verse como en el mejor momento de su vida.

La sociedad norteamericana ha hecho de la muerte otro *Halloween*, algo que pasa sólo una vez en la vida, donde el honrado se disfraza, y los invitados la pasan bien y con un poco de suerte tendrá caramelos.

La interpretación de la muerte en México, en cambio, demuestra que los humanos somos capaces de convivir con una idea de la trascendencia sin la necesidad de matar al muerto en el olvido.

Por eso, la fiesta de los muertos en México es una sutil lección moral de los pueblos indígenas al *todopoderoso* hombre blanco al que le aterra morir, y que una vez que se ve obligado a enfrentarla, la sepulta rápidamente, prefiriendo el olvido al terror. **U**

Investigación de Cristina López Santillán, coordinación de Alma Delia Fuentes.

La muerte ha sido empleada a gusto y conveniencia de todas las religiones y cultos de fe desde el principio de los tiempos como mercado de promesas a futuro.